

lo visto y conocido, dijese á los habitantes de Santa Agueda: *Dichosos vosotros, que teneis un obispo santo*, ú otras palabras semejantes.

En la misma opinion de santidad estuvo Alfonso para con toda clase de personas, tanto cuando estaba todavia en su Congregacion, como mientras gobernó su diócesis, y despues de la renuncia del obispado. No habia eclesiástico secular ó regular, ni caballero, ó persona del pueblo bajo, que no procurase verlo, obsequiarlo, hablarle y tener alguna cosa suya para conservarla como reliquia. En la mision de Amalfi le recortaron la sotana de tal modo que decia con mucha gracia: *Me hacen andar sin sotana; pero sé que piensan hacer con estos retazos viejos*: de manera que las monjas Benedictinas de dicha ciudad, movidas á compasion le hicieron una nueva. Todos se disputaban por tener algun retacito de sus vestidos, algun mechoncito de sus cabellos que se cortaba, ó cualquiera otra cosa; y no dejaban de mojar liencitos en su sangre cuando por acaso se le sacaba, y aun de recoger sus salibas en pañuelos.

La fama de la santidad de Alfonso no se restringió al reino de Nápoles, y las provincias inmediatas, ó cuando mas á toda la Italia. No, sino que se extendió aun mas allá de los montes, y con tal eco, que hizo venir á alguno de bastante lejos para ver á un

hombre que habia llegado á ser célebre por la integridad de sus costumbres, y por el ejercicio de las mas heróicas virtudes. El Señor de Nonote, hombre de muchos méritos, y de mucha fama por sus obras contra Voltaire, en muchas cartas que escribió al Sr. D. Vicente Lupolí, lector de sagrados cánones en Nápoles, hablando de Alfonso, le llama *hombre y obispo santísimo*, se encomienda á sus oraciones, y dice que ha procurado allá una nueva traduccion é impresion de las visitas al Santísimo Sacramento y á la beatísima Virgen, pues las considera sumamente propias para mover el ánimo de los fieles á la devocion respecto del uno y de la otra.

## CAPITULO X.

Ultima enfermedad y muerte de San Alfonso.

Pero Alfonso estaba ya enteramente maduro para el cielo. Habia predicho claramente su muerte un año antes: porque al padre José Imparato, Carmelita, que todos los años por el mes de Setiembre acostumbraba ir de Salerno á la casa de San Miguel de los Paganos á visitarlo, dijo el 13 de Setiembre 1786. *Padre José, el año que viene me encontrareis muero*.



*to: ya no nos volveremos á ver en esta vida: rogad por mí á Dios y á María Santísima de los Dolores.* Y dos ó tres dias antes de su última enfermedad vuelto al hermano lego Francisco Antonio Romito le dijo muy alegre: *Ahora me toca hacer otra funcion*, que era la de estar en la iglesia en el féretro, despues de todas las que habia hecho en los diversos estados de su vida.

El 18 de Julio de 1787, se agregó á sus habituales y antiguas enfermedades, una alta calentura, una fuerte disenteria y una muy dolorosa retencion de orina: todos síntomas inequívocos del próximo término de su vida. Luego que se vió asaltado de tantas y tan mortales enfermedades, si bien se habia confesado tres dias antes con el padre D. Vicente Magaldi de su Congregacion, quiso volverse á confesar con el padre D. Lorenzo Negri de la misma Congregacion; y al instante desapareció en él toda turbacion y agitacion de espíritu, por lo que muy alegre estaba repitiendo á menudo actos de una viva esperanza de estar para conseguir muy pronto la dichosa suerte de gozar para siempre de su Dios. Admirado de esto el citado padre D. Vicente Magaldi que hasta entonces habia sido su confesor, no pudo menos de preguntarle si ya no padecia las angustias y dudas del espíritu que hacia tantos años que lo molestaban; y él

muy alegre y contento le respondió que no: señal muy clara de que el Señor en estos últimos momentos habia querido consolar á su siervo, y darle como un galardón anticipado de la fidelidad y constancia que siempre habia manifestado en tan terribles tentaciones y molestias interiores que sufrió por tanto tiempo.

La entera resignacion á la voluntad divina, la heroica fortaleza y la invicta paciencia con que Alfonso toleró y sostuvo un cúmulo tan grande de males en todos los catorce dias que duraron, no fué inferior á la que habia demostrado siempre en todas las otras largas y penosísimas enfermedades. Antes por el contrario, cuanto mas crecian estas y por consiguiente se enardecian los dolores, tanto mas multiplicaba los actos de viva fé, de firme esperanza, de ardiente caridad, y de una entera conformidad de su voluntad con la de Dios, sin dar jamas el mas leve indicio de queja ni de impaciencia. De cuando en cuando echaba unas ojeadas amorosas al Crucifijo grande y al cuadro de la Virgen de los Dolores que tenia enfrente, ó bien abrazaba y besaba un pequeño Crucifijo y una imagen de la Virgen que tenia casi siempre en las manos, haciendo al mismo tiempo oracion, jaculatorias, y actos de virtudes cristianas. Tambien quiso confesarse muchas veces, y recibir todas las mañanas á su sacramentado Señor, para unirse cada vez mas estrechamen-



te con quien habia sido el objeto de todos sus afectos; y se hacia sugerir siempre por sus alumnos sentimientos devotos, para mas escitarse á todos aquellos actos de virtud tan necesarios en aquel último paso. Y como una vez habian descuidado hacerlo por un rato, les dió una especie de queja diciendo: *¿Qué ha sucedido?* ¿se han acabado los sentimientos de Dios? ¿no hay ya pensamientos buenos? Si por acaso se le preguntaba si necesitaba alguna cosa, ó bien si se le procuraba dar algun alivio, no respondia ni decia otra cosa que: *Todo se ha perdido: se acabó: estoy muerto.*

Esparcida entre tanto la noticia de que Alfonso estaba enfermo de muerte, se vieron acudir de todas partes eclesiásticos seculares y regulares, y otras muchas personas notables para verlo todavia y besarle la mano; llevando todos al mismo tiempo rosarios, pañuelos y otras cosas semejantes para tocar con ellas á escusas su cuerpo ó por lo menos su camita, y conservarlas como otras tantas reliquias; y todos salian edificadas, compungidos, y saltándoles las lágrimas de los ojos, admirando al justo tan tranquilo y alegre esperando la muerte en su lecho de dolor. Ademas de que de las sábanas, las camisas y otros lienzo usados por él y que se daban á lavar, no volvia mas que la mitad á casa.

Pero agravándose el mal cada dia mas, por la gangrena que le habia comenzado, se le administró el 23 de Julio el Sacramento de la extrema unción, que recibió con los mas vivos actos de fé, esperanza y caridad, junto con una gran resignacion, alegria y deseo de unirse pronto con el sumo Bien. El 25 del mismo mes no solo comulgó como lo habia hecho los dias anteriores, sino en forma de Viático, y con tal fervor y deseo, que no viendo la hora de recibir á su Dios, y pareciéndole largo el mas corto retardo, estaba repitiendo: *Dadme el Cuerpo de Jesucristo. ¿Cuándo viene Jesucristo? Dadme á Jesucristo.* Despues cuando el sacerdote se le acercó con la sagrada forma, lleno de un júbilo estremo: *Ven, dijo, Jesus mio:* despues recogido en sí mismo, se mantuvo mucho tiempo en profunda meditacion y en actos de profundo agradecimiento á su Señor sacramentado.

Despues de algun tiempo se acercaron á su lecho el hermano lego Francisco Antonio Romito y el criado, rogándole que en atencion al largo y fiel servicio que le habian prestado, tuviese á bien darles la santa bendicion, y rogar á Dios por ellos cuando se hallase en el paraíso, á lo que respondió inmediatamente: *Sí, señores;* y levantando la mano los bendijo diciendo: *Benedictio Dei omnipotentis, Patris, et Filii, et Spiritus Sancti, descendat super vos, et maneat*



*semper.* Despues le dijo el padre D. Lorenzo Negri, ya citado, que bendijese igualmente todas las casas y á todos los padres de la Congregacion, así como al Cabildo de la Diócesis de Santa Agueda de los Godos, que se hallaba en Sede vacante por muerte de Monseñor Rossi, sucesor de Alfonso, y por último, que bendijese á las monjas del monasterio del Santísimo Redentor de la ciudad de Scala, á las de Santa Agueda y á las de toda la diócesis. Condescendió con lo que se le pedía, y con la mano dió la bendicion á todos los lugares y á todas las personas mencionadas. Hecho esto, sin que nadie le dijese nada sino por sí mismo, echó otra bendicion diciendo: *Bendigo á los padres del reino y del Estado, al Rey y á todos los Generales, Ministros y Jueces, que invocaren la proteccion de los Santos, y que obraren en justicia.*

En aquellos dias llegó tambien de Nápoles á visitarlo, su sobrino D. José de Liguori; y habiéndose arrodillado al lado del lecho de su moribundo tío, este lo bendijo, y estrechándole amorosamente la mano le dijo muchas veces: *Os lo agradezco.* Pero habiéndole dicho aquel, que queria alguna memoria suya, le dió Alfonso muchos consejos saludables y concluyó diciéndole: *Salvad vuestra alma.*

Yendo los males siempre en aumento, particular-

mente la gangrena, fué asaltado por unas convulsiones tan violentas que casi ya no pudo proferir palabra. Pero no por esto perdió el uso de los otros sentidos, porque fijando sus miradas ya en el Crucifijo, y ya en la imagen de la Virgen, juntando ó estendiéndolo las manos en forma de cruz, haciendo girar sus ojos por todos lados y haciendo gestos y señas al escuchar los tiernos y devotos sentimientos que le sugerian sus alumnos, daba á conocer claramente, que cuando no hablaba la lengua, hablaba bastante el corazón. La mañana del 27 del citado Julio, al ver salir la misa que se decia todos los dias en el altar que se habia puesto en su aposento se alegró muchísimo; pero al acercarse el momento de la consumacion, estando como oprimido, se le llamó la atencion tocándole un pié, y vuelto en sí de este modo, abrió con ansia la boca para recibir la comunión, se le oía balbutir sus actos devotos, y se le oyó decir con toda claridad: *Así lo espero.* La mañana del 28, en que se creía que debería sucumbir al acceso de la nueva calentura, habiéndosele preguntado al celebrarse la misa si queria comulgar, se mostró deseoso y alegre, y ademas de los actos de costumbre se hizo la señal de la Cruz. Despues, la mañana del 30, viéndose que su muerte estaba próxima, se celebraron en su aposento muchas misas votivas por su feliz pasaje á la



eternidad, y aun en este estado se vió que deseaba la comunión. Pero el padre Villani no quiso permitirlo, temiendo que no pudiese tragar la forma, por lo que el padre Caprioli le dijo que no pudiendo comulgar, desease hacerlo espiritualmente, y se vió que acompañaba los actos devotos que le sugería dicho padre, con abrir y cerrar los ojos y haciendo otros movimientos. Hallándose en este estado el último de Julio, que fué el penúltimo de su vida, llegó Monseñor Tafuri, obispo de Cava, y habiéndolo encontrado en el último extremo, se soltó en un llanto deshecho, le besó la mano con reverencia, y se la puso devotamente en la cabeza.

En el mismo día 31, ya próximo á la agonía, al oír los dulces nombres de Jesus y de María, no dejaba de abrir los ojos y parecía que recobraba algo de flexibilidad y de fuerza. Lo que por otra parte causó gran maravilla á todos los que lo asistían, fué que habiéndole acercado al lecho, en la noche anterior á su muerte, la imagen de la Virgen de los Dolores, él aunque enteramente debilitadas sus fuerzas, no solo abrió los ojos, sino que fijándolos en ella, con el rostro encendido y radiante se le sonrió con mucho agrado. Lo mismo volvió á suceder una hora despues en que le volvieron á acercar dicha Imagen. Por lo que se puede creer con razon, que la Reina de los cielos

quería en aquellos últimos momentos consolar con su presencia á uno de sus mas tiernos amantes, como lo habia sido Alfonso, é invitarlo á ir pronto á gozar del premio que le estaba preparado. Y justamente esta visita á la hora de la muerte era lo que habia pedido todos los días á su querida Madre, lo que aconsejaba tambien á todos los devotos de ella que le pidiesen; habiendo compuesto una oracion para alcanzar de la misma Virgen una buena muerte.

Entró por fin en agonía y estuvo siempre en ella tan apacible, tan tranquilo, que los padres que lo rodeaban, no percibieron que ya estaba para exhalar el último aliento. De aquí es que mientras todos sus alumnos llorando rezaban oraciones por él, él estrechando el Crucifijo y la imagen de María Santísima contra el pecho, sin turbacion alguna en el rostro, sin la mas leve contorsion ni otro signo, espiró apaciblemente en el beso del Señor cerca de las once de la mañana del Miércoles 1.º de Agosto del año de 1787, á la edad de noventa años, diez meses cinco días. De este modo terminó el largo curso de su vida, tan austera y penitente, y al mismo tiempo espendida y consumada en procurar la gloria de Dios y el bien de las almas, SAN ALFONSO MARIA DE LIGUORI, para servir de modelo á toda clase de personas seculares, eclesiásticas y religiosas, así como á los



que presiden y tienen la cura de almas, ó se encuentran atribulados ó molestados por alguna enfermedad ó por otros trabajos.

## CAPITULO XI.

Cosas acaecidas despues de la muerte de San Alfonso.

Habia dicho á su hermano lego y á su criado que no lavasen su cuerpo despues de muerto, por el gran amor y particular cuidado que habia tenido siempre de su virginal pureza. Sin embargo, queriendo usar los padres de su comunidad, de toda la decencia y aseo convenientes, el Rector de la casa de San Miguel de los Paganos se encerró con el criado en un aposento, donde lo lavaron, y despues de haberle puesto las sagradas vestiduras episcopales lo pusieron en el aposento contiguo al en que habia muerto, con velas encendidas alrededor.

A las cuatro horas de haber muerto se anunció con el sonido de los sagrados broncees á la ciudad de No-

cera de los Paganos la muerte de un operario evangélico tan zeloso, de un padre de los pobres y consolador de los afligidos, pues tales fueron las voces con que resonaron inmediatamente todas las calles de aquella ciudad. Entre tanto, todos los padres de la Congregacion y otros sacerdotes que habian acudido, llevaron procesionalmente el cuerpo del Siervo de Dios á la capilla dedicada á la inmaculada concepcion de la Virgen, que se halla en el piso inferior de aquella casa de San Miguel; y allí fué colocado decentemente en alto con muchos cirios encendidos. Despues de esto se comenzó á cantar el oficio de difuntos por los sacerdotes seculares, y sucesivamente por todas las órdenes religiosas de dicha ciudad, y así se continuó hasta entrada la noche.

En la mañana del dia dos de Agosto fué llevado el cadáver con pompa fúnebre á la iglesia de San Miguel Arcángel de su misma Congregacion, en hombros de cuatro Rectores de ella, acompañándolo los padres de la misma, el clero secular y regular, el cabildo de la catedral de Nocera de los Paganos, Monseñor D. Benito Sanfelice, obispo de dicha ciudad, y todos los Magistrados de ella. En la iglesia fué colocado en un catafalco de mas de diez palmos de alto con muchos órdenes de gruesos cirios ardiendo en rededor. Allí se le hicieron los funerales por el citado cabildo y cle-



ro, cantando el oficio y una misa solemne, celebrada por D. Juan Bantista Villani, arcediano del cabildo y vicario general de aquella diócesis. Concluida la misa y hechas en redor del féretro las *absoluciones* prescritas por el ceremonial de los obispos, se recitó una elocuente oracion fúnebre en loor del difunto Siervo de Dios por D. Fortunato Pinto, canónigo entonces de la iglesia metropolitana de Salerno, y despues obispo de Tricarico, y hoy arzobispo del mismo Salerno. El dia tres de Agosto, que era tambien el tercero despues de su muerte, se reunió todo el clero secular en la citada iglesia de San Miguel, cantó otro oficio y otra misa solemne, se pronunció otra oracion fúnebre por un padre de la Congregacion del Santísimo Redentor.

No nos detendremos en hacer un minucioso relato del concurso de gente de todas clases y condiciones, tanto nobles como plebeyas, y del clero secular y regular venidas espresamente de países no muy inmediatos, no solo por ver sino mucho mas por venerar al Siervo de Dios y encomendarse á él en aquellos dos dias en que su cuerpo permaneció todavia insepulto. Bastará decir que las guardias que de la caballeria Real que estaba en Nocera, colocadas en las puertas de la casa y de la iglesia de San Miguel, para impedir todo desórden y tumulto, no podia contener la

inmensa multitud de pueblo, que clamando: *¡Ha muerto el Santo! ¡vamos á ver al Santo!* acudia de todas partes y hacia fuerza para entrar.

Todos querian no solo ver sino tocar el sagrado cadáver á lo menos con pañuelos, rosarios y otras cosas semejantes, para conservarlas como reliquias, y no faltaron quienes procurasen hacer un devoto saqueo de lo que lo rodeaba, particularmente de los vestidos que tenia puestos.

Y en verdad que casaban grande admiracion, y escitaba á devocion á todo el mundo solo al ver al Siervo de Dios, que no parecia muerto sino sumergido en un apacible sueño, con el rostro resplandeciente y alegre, y con las mejillas sonrosadas. Entre tanto vino de Nápoles un excelente pintor para hacer su retrato, y al quitarle del rostro el molde de yeso que le habia formado para hacer la careta, le hizo una pequeña escoriacion en el lado derecho de la nariz, de donde le salió pura sangre que recogió con muchos pañuelos, y aun quedó la llaguita encarnada y fresca hasta que se encerró en la caja sepulcral. Lo que se ejecutó en la misma noche del dos de Agosto dos horas despues de puesto el sol, por órden de Monseñor Sanfelice, obispo de Nocera de los Paganos, en presencia de toda la curia episcopal, del magistrado de la ciudad y de otras personas notables. Al quitar el



cadáver del féretro se encontró flexible é intacto á pesar de los escesivos calores de la estacion y de la gangrena de que habia muerto. Colocado en una caja de madera forrada de una lámina de plomo, se cerró esta con tres llaves y se le pusieron varios sellos. Esta misma caja se puso en otra de madera sola clavada con muchos clavos, y concluidas por el notario canciller todas las actas públicas, se colocó el sagrado cadáver en una fosa cavada al intento *a cornu Epistolæ* del altar mayor de la iglesia de San Miguel de los Paganos, con la inscripcion de su nombre en una lápida de marmol.

Mientras los hombres se esmeraban en honrar y venerar el cuerpo exánime de nuestro Santo, tambien el Señor se complació en mostrar con gracias y prodigios la santidad de su Siervo, y la gloria que gozaba en el cielo. Reservándonos hablar de los muchos milagros acaecidos por intercesion de nuestro Alfonso algun tiempo despues de su muerte, no harémos mas que referir uno solo de los muchos que se verificaron, mientras permaneció insepulto. José María Fusco, niño de poco mas de un año de edad, hacia mucho, tiempo que padecia una calentura muy fuerte con diarrea, de modo que ya se desesperaba de su curacion, Tomándole su tia en brazos contra la opinion de la familia, el día dos de Agosto mientras se celebraban

las solemnnes exéquias del Siervo de Dios, lo llevó abatido y lánguido como estaba, á la iglesia de San Miguel, y por medio de los sacerdotes que se hallaban presentes lo hizo acercar al sagrado cadáver. No bien lo hubo tocado quando se le vió reanimado y espedito, como si nunca hubiera estado enfermo, en cuyo estado lo devolvieron los mismos sacerdotes á la tia. Pero no terminó aquí el prodigio. Habiéndole enseñado, al dia siguiente, su tio el sacerdote D. Cayetano Fusco, una imágen del mismo Siervo de Dios, la tomó el niño, la besó y se la puso en la frente. Despues quedando de repente como estático y fuera de sí, teniendo en una manita la estampa y señalando con la otra el cielo, aunque todavia no sabia hablar, ni tampoco sabia el nombre de Alfonso, exclamó en alta voz: *Alfonso en el cielo: Alfonso en el cielo.* Lo mas admirable fué, que despues se quedó viendo y reviendo la estampa, y alzando las manos y los ojos al cielo, muy contento y festejoso no cesaba de repetir: *Alfonso el santo: el santo en el cielo.* Entonces su tio, para asegurarse mas del prodigio, le hizo quitar la imágen; y viendo que el niño muy enfadado comenzó á gritar y á llorar copiosamente, le presentó otra estampa, en todo semejante á la primera por el tamaño y la figura. Pero el niño le rechazaba repitiendo: *No, no es;* y no se tranquilizó hasta que se



le devolvió la del Siervo de Dios, serenándose luego que le vió, y comenzó á besarle de nuevo y á ponerse-la en la frente.

Si de este modo quiso Dios manifestar la santidad de Alfonso por medio de la voz de un niño, tambien la hizo conocer mucho mas por medio de una aparicion que tuvo una religiosa de gran virtud del orden de las carmelitas descalzas de Santa Teresa, que estaba en el monasterio de San José en Ripa cándida, lugar de la diócesis de Melfi. Estaba dicha religiosa orando con gran fervor en el coro, cuando oyó que una clara y sonora voz le decia al oido que manifestase á su confesor haber visto al Venerable Liguori rodeado de esplendor y de gloria. Entonces ella fuera de sí respondió: *Yo no veo á nadie*. Dicho esto, añadió: *Ahora si veo* [así lo afirmó ella misma dos veces con juramento] *al Siervo de Dios dentro de un globo de luz, esto es, de un resplandor al que no hay luz en el mundo que yo pueda comparar; pero si puedo decir que es como un hermoso sol reverberado dentro de un vasto y clarísimo cristal, y el santo Monseñor tan alegre y tan bello, que sus carnes parecían como de un blanquísimo marfil, y que á su vista mi espíritu desfallecia por la consolacion*. Y despues de referir los muchos y santos consejos que le dió el venerable obispo, termina

así: *El me miraba con mucha afabilidad y cariño, y me dijo: Hija, conservaos cada vez mas en la pureza del corazon, que solo Dios sea su poseedor, y que abandonado siempre á él, esté constantemente pronto á padecer cuanto fuere de su agrado, y que esté sobre la tierra como si no estuviese en ella*.

## CAPITULO XII.

Milagros que hizo Dios por intercesion de San Alfonso despues de su muerte.

No es de nuestro intento el formar aquí un largo catálogo de todos los milagros obrados por Dios despues de la muerte de San Alfonso para comprobar su santidad y su gloria. Solo referiremos algunos de los muchos que podriamos citar, y que se pueden leer en los procesos auténticos formados para su solemne Beatificacion y Canonizacion. Y de estos, los dos primeros que narraremos, serán justamente los aprobados por la sagrada Congregacion de Ritos, por lo que se inscribió en el registro de los Beatos con los honores de los altares.